

tiembla con escalofrío. ¿Será un diablo? Sí: diablo parece, ó murciélago tan grande como una persona. Casandra saca del pecho todo su aliento para gritar.) ¡Rogelio!

MARTINA, que pasa junto á ella corriendo.

No está... Se ha ido.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

(11 de Mayo)

ESCENA PRIMERA

Despacho en la casa de los Marqueses del Castañar.

DON ALFONSO, afanado, escribiendo; CLEMENTINA, que entreaire la puerta.

CLEMENTINA, sofocada: acaba de entrar de la calle.

Alfonso, Alfonso mío.

ALFONSO

¿Qué?

CLEMENTINA

¿Estás muy ocupado?

ALFONSO

Ocupadísimo. Déjame un momento... Sabes que en el Pardal tenemos casi perdida toda la cosecha... Trato de salvar una parte, utilizando la concesión para tomar agua del Tajo... Pero no tengo máquina.... Escribo á los González Alonso proponiéndoles que me arrienden la suya...

CLEMENTINA, entra.

Luego resolverás eso... Tengo que hablarte...

ALFONSO

¿Es cosa urgente?

CLEMENTINA

Urgentísima.

ALFONSO, alarmado.

¿Ocurre alguna desgracia?

CLEMENTINA

No... digo, sí... un hundimiento. ¡Espantosa catástrofe! Se ha hundido el caletre de mi reverenda tía doña Juana. Esparcidos están por el suelo los pedazos del cascote cerebral.

ALFONSO

Algún disparate muy gordo. Serán habillias... No des crédito...

CLEMENTINA

Me lo ha dicho ella misma. De allá vengo.

ALFONSO, impaciente.

¿Pero qué es?

CLEMENTINA

Para que no te atormentes... mi tía ha determinado hacer efectiva la recomendación testamentaria de don Hilario... en lo referente á Rogelio.

ALFONSO

Ya... le asigna un capital, que puede ser de un millón, de dos millones de pesetas...

CLEMENTINA

Dos millones.

ALFONSO

Y le obliga á casarse con Casandra.

CLEMENTINA

En eso no aciertas. Es todo lo contrario... Le impone el divorcio que llamaremos *concubinal*. De la entrevista que celebró mi tía con Casandra, sacó el convencimiento de que ésta lleva en sí todos los signos de la predestinación... de que es demasiado estatuaría para ser buena.

ALFONSO

¡Oh, iniquidad!... ¡Qué afán de calificar las conciencias, juzgándolas, no por lo que son, sino por lo que pueden ser!... Sigue. ¿Y los hijos?

CLEMENTINA

Pásmate... Ahora resulta que no están bautizados... Por lo menos, hay dudas... Lo primero será incluirlos solemnemente en la grey de Cristo. Luego, para darles la educación sana, religiosa, de que carecen, doña Juana piensa ponerlos bajo la custodia de su prima Cayetana Yagüe, que es muy para el caso... Nota al margen: cuenta con la aquiescencia de Rogelio.

ALFONSO

¡Pero es monstruoso...! ¡Y esa pobre mujer...! Será todo lo que quieran... Yo apenas la trato... Pero aunque fuese de la peor índole, y su conducta de las más depravadas...

CLEMENTINA

¿Y quién te dice que ella no pasará por todo con tal de adquirir la libertad, que es el ambiente en que viven mejor las estatuas vivas?

ALFONSO

¡Ah!... Si es así, no digo nada.

CLEMENTINA

Fíjate en la cláusula del testamento de don Hilario, que recomienda...

ALFONSO

Sí... dice poco más ó menos: "Encargo á mi esposa que mire por Rogelio, y que si contrae relaciones nefandas, procure apartarle de ellas."

CLEMENTINA

Moribundo, se cala el capuchón ese diablo harto de carne.

ALFONSO

Dice más: "Constitúyale un capital de un millón de pesetas, ó de dos millones, si por su buena conducta lo mereciere; y si á la fecha de la resolución de mi esposa estuviese soltero, proporciónale casamiento con doncella honesta de nuestra clase, mejor, de nuestra familia..." Que el don Hilario de Berzosa era un inmenso mentecato en todo lo que no fuese sacar el dinero de debajo de las piedras, ó del bolsillo de todo español descuidado, lo demuestra esa cláusula de su testamento cominero, egoísta, ridículamente previsor y minucioso.

CLEMENTINA

La cláusula es un gran desatino. Don Hilario debió de morir muy satisfecho de tal engendro. Pero no está menos orgullosa mi tía de su buena mano para llevarlo á la práctica. Es una idea doblemente redentora... y qué sé yo qué... No sé si habrás comprendido que la doncella honesta que ha de compartir los millones de Rogelio es una de las chicas de Nebrija.

ALFONSO

Me lo he figurado. ¿Cuál de ellas? Será la que hace trajes azules para la Concepción, y colorados para el Niño Jesús.

CLEMENTINA

Es la otra, Casilda, tan ñoña, sandia y rasa de instrucción como Amelia, pero un poquito menos esguízara y antipática.

ALFONSO

¡Y ese Rogelio es capaz...! ¡Qué bajeza de hombre!

CLEMENTINA

Entiendo que Cebrián le ha cazado, deslumbrándole con un espejo al sol, como á las alondras.

ALFONSO

Es poeta y pagano, de los que adoran al sol bajo la especie de billete de Banco... (Hastiado del asunto.) Total: que doña Juana ha dado colocación á esa joven, artículo de muy difícil salida. ¿Y á nosotros qué nos importa eso, ni en qué puede afectarnos?

CLEMENTINA, con tristeza.

¡Ay! puede afectarnos más de lo que tú crees... porque tras ese disparate vendrán otros. Tengo por seguro que ha inaugurado mi tía una serie de lamentables despropósitos.

ALFONSO

¿En qué te fundas para creerlo así?

CLEMENTINA

Es un presentimiento... más bien un resultado de mis observaciones. Conozco el carácter de mi tía; leo en sus ojos y en su acento las ideas que andan por aquel interior tenebroso.

ALFONSO

¿Y qué has leído en ese Manual de la perfecta hipócrita?

CLEMENTINA

Por de pronto... Fíjate en este dato: hoy me ha tratado mi tía con una sequedad y un despego que me han llenado de sobresalto. Al pedirme mi opinión sobre esta ridiculez que has oído, le dije que me parecía muy bien. Pongo mucho cuidado en no decirle nada que hiera su desmedido orgullo. Cualquier dureza la ofende; la menor sombra de contradicción la enoja, la enfurece...

ALFONSO

¿No será suspicacia, cavilación tuya?

CLEMENTINA

No, Alfonso de mi alma. Ignoro la razón de esta sequedad. Yo veo una sombra, una nube

negra, un no sé qué... No puedo precisar lo que veo, ni darte idea de la calidad del desastre que barrunto.

ALFONSO, principiando á sentir inquietud.

Es tu imaginación... es... esa ansiedad en que vives... es el vértigo insano de las esperanzas siempre marchitas y siempre verdes. (Perdiendo su reposado talante.) ¡Vive Dios que he de cerrar los ojos al espejismo vano, al fantasma de las promesas! ¿Y no será prudente y cuerdo desprendernos de esta soñación quimérica y acomodarnos á una pobreza decente y tranquila?... Por mí, la verdad, me curaría de estas zozobras abrazándome á la tierra madre. Cierto que es pobre, cierto que es mísero el jugo que nos da. Pero esa madre fiel no nos engaña, no nos impone la farsa, la adulación, ni un vivir dispendioso, imposible...

CLEMENTINA, gravemente.

Tenemos hijos, Alfonso.

ALFONSO

Tenemos hijos... Pero también es cosa fuerte que por los hijos vivamos humillándonos un día y otro ante esa esfinge sentada sobre un cofre atestado de riquezas.

CLEMENTINA, con gravedad casi lúgubre.

Tenemos hijos.

ALFONSO, subiendo de tono.

Por Santa Bárbara que me has contagiado de tus presentimientos... ¡Qué tontería!... Y

acabaremos porque todo será infundado... vanas aprensiones de mujeres nerviosas... Trataremos de averiguar si continuará doña Juana incubando despropósitos... ¿Crees que nuestro amigo Insúa tendrá franqueza bastante para decirnos...?

CLEMENTINA, con súbito recuerdo, llevándose las manos á la cabeza.

¡Ay, tonta de mí! se me olvidaba contarte la gran novedad.

ALFONSO

¿Más?

CLEMENTINA

Se me fué del pensamiento lo que creí menos interesante. Pásmate, Alfonso. Doña Juana ha despedido á su administrador.

ALFONSO

¡Loca perdida!

CLEMENTINA

¡Le ha puesto en la calle... con treinta años de servicios!

ALFONSO

De servicios absolutamente leales. ¿Pero estás segura?

CLEMENTINA

Hoy lo supe. Según me han dicho, es público desde anteayer... Riámonos un poco, que todo no ha de ser tristezas. La tía sorprendió al grave don Damián Insúa en amorosa connivencia con Pepa, la criada joven y bonita.

ALFONSO, riendo.

Nunca falta la inflexión cómica en las situaciones más serias. No me coge de nuevo. Ya es sabido que Insúa las mata callando... ¡Pero si tengo aquí una carta suya!... (Buscando entre las cartas que hay sobre la mesa.) Me dice que quiere hablarme... Y yo no hice caso. Creí que lo mismo podía contestar hoy que mañana. (Encuentra la carta; lee rápidamente.) "Sírvese indicarme hora... deseo hablarle de asuntos de extraordinario interés." (Queda suspenso.)

CLEMENTINA, después de una pausa en que ambos se miran perplejos.

Contéstale ahora mismo.

ALFONSO

Pensé que quería proponerme la expropiación de los molinos del Pardo. (Se sienta y escribe.) Le diré que venga cuando quiera, que no saldré en todo el día...

CLEMENTINA, que ha caído en meditación honda.

Asuntos de extraordinario interés...

ALFONSO, asaltado de misteriosa inquietud.

¿Qué piensas?

CLEMENTINA

La carta de Insúa ennegrece más la sombra que me persigue desde esta mañana, y la acerca más á mí... ¡Siento frío... terror...!

ALFONSO

¿De qué?

CLEMENTINA

De mayores dislates de doña Juana, de acciones vesánicas que puedan afectarnos... (Consternada.) Esto no es vivir.

ALFONSO, furioso, manoteando.

¡Ah... el maldito esperar, el ansia nunca satisfecha, la horrible interinidad en que nos tiene esa vieja loca!

CLEMENTINA, con acento lúgubre.

Nuestras almas, como reos en capilla, suspiran entre la vida y la muerte.

ALFONSO

No más, no más, Clementina. (Con desvarío.) Huyamos de este suplicio... Retirémonos al Pardal... Casemos á nuestras hijas con gañanes... Viviremos de lo que nos dé el terruño. Madrid, te odio; vanidades, os pisoteo; esperanzas, os arrojo al fuego; doña Juana, te arrojo más allá del fuego... ¿A dónde? No sé... no sé... (Da golpes en la mesa; vuelan los papeles; saltan las plumas; el tintero escupe su tinta sobre los papeles. Clementina inclina el rostro... deletrea sus presentimientos en los dibujos de la alfombra.)

ESCENA II

Gabinete modesto en la casa de Rogelio.

CASANDRA, cosiendo á máquina; AQUILES, precioso niño de cinco años, enredando en el suelo con juguetes rotos, papeles, piedrecitas, carretes sin hilo.

CASANDRA, hablando consigo misma.

Rogelio es otro... ¿De dónde vienen estas ondas violentas, que cambian el sér de los hombres? Son ondas de alguna voluntad juguetona y perversa... Rogelio ha perdido aquel humor gracioso que era la claridad de nuestros días tristes, el descanso de nuestras penas... Anoche no durmió ni un segundo. Daba vueltas alrededor de una idea... La idea estaba siempre del lado contrario... (El niño se tiende en el suelo, panza abajo, y hace garabatos en un papel con un lápiz de punta roma, que humedece con su boca.) Monín, ¿qué haces? ¿Soldaditos? Enséñamelos. (De un brinco se levanta el chico y corre á enseñar á la madre sus fantásticos dibujos.) Está precioso... ¿Qué es esto? ¡Ah... el tranvía... un tranvía que va por las nubes! (Mira el papel por la otra cara.) ¡Ah! pícaro, te tengo dicho que no cojas papeles de la mesa de tu papá... Y éste también está lleno de cuentas; también tu papá pinta nubes. Mira, mira qué bonitos números... Este dos con la mar de ceros, quiere decir dos millones... Luego hay otros guarismos, y sumas, divisiones, restas... ¿Qué relación hay entre estas cifras, hijo mío; qué pensamiento se esconde en ellas? Ni tú lo sabes, ni yo tampoco.

co... Parecen combinaciones para jugar á la lotería. (Retírase el chiquillo para seguir pintando. Sueña la campanilla.) El es.

ESCENA III

CASANDRA.—ROGELIO, AQUILES

ROGELIO, entrando presuroso.

¿Estáis aquí?

CASANDRA

¿Dónde querías que estuviéramos?

ROGELIO

Es que... al traspasar la puerta sentí una impresión de vacío... como si no estuviérais en casa... Aquiles, hijo, ven á besarme. (Le acaricia.) ¿Y el pequeño, dónde está?

CASANDRA

¿No sabes que duerme á esta hora?

ROGELIO

Es verdad. Hablemos bajito para que no se despierte. (Deja Casandra la costura y pasa á la próxima estancia, donde duerme Héctor, solito, como garbanzo en olla, en la extensión de la cama matrimonial.) Aquiles, ven á besarme otra vez. Te compraré lo que quieras. ¿Qué te gusta más: automóvil, bicicleta, ó un globo para andar por los aires? (Los ojos chispeantes y la lengua balbuciente del niño expresan la preferencia del globo para subir en él con toda la familia.) Pero yo tengo que hacer. No puedo ir contigo. Y ahora peso más que antes.

CASANDRA, que vuelve de la alicona.

¡Cómo está tu cabeza!

ROGELIO

Sí que está un poco ida... de tanto discurrir, vida mía. Venimos al mundo condenados al suplicio de razonar.

CASANDRA

El hombre que ha vivido siempre en una ligereza descuidada, simpática y graciosa, ahora quiere parecerse á los que entristecen su alma en los negocios. Eras la franqueza, el desprecio de la adversidad, el ingenio y la poesía, el semblante siempre risueño, y ahora te has hecho una cara nueva, poniéndote en ella cavilaciones y el pliegue feísimo que dice: "aquí hay secretos...". Para qué veas lo cambiado que estás, tienes cara de hombre público... imitas á esos que hablan de arreglar la Hacienda y de salvar al País.

ROGELIO

Sí que estoy caviloso: no puedo negártelo... lo estoy desde aquel día de tu entrevista con doña Juana.

CASANDRA

Y del plantón que me diste cuando salí, y me encontré sola en el jardín... Desde aquel día, ó desde el siguiente, empezaste á traer á casa pensamientos sombríos.